

Chartier, Roger. *Escuchar a los muertos con los ojos*. Madrid: Katz, 2008, 86 páginas

Javier Planas
(FAHCE-UNLP)

El nuevo libro de Roger Chartier reúne dos intervenciones públicas realizadas en el año 2007. La primera retoma la larga tradición de las lecciones inaugurales en el Collège de France. La segunda es una conferencia pronunciada en la Sorbonne,(1) cuyo contenido anticipa los resultados de una investigación que el autor promete entregar de forma completa en una próxima obra.

“Escuchar a los muertos con los ojos. Lección inaugural en el Collège de France”, es la presentación de un programa de enseñanza e investigación propuesto para el desarrollo de una nueva cátedra: *“Ecrit et cultures dans l’Europe moderne”*. Pero primero es el homenaje a dos autores fallecidos recientemente en los que Chartier se reconoce deudor: Henri-Jean Martín y Don McKenzie. Al primero de ellos le corresponde, sino el origen mismo, la renovación de toda una disciplina: la historia del libro cambió tras la publicación de *La aparición del libro*. La contribución de McKenzie es igualmente potente: su sociología de los textos demostró que el sentido de una obra está condicionado por las formas materiales en que se da a leer.

Entre los aportes de estos autores, pero también de otros como Petrucci, Foucault o Marin, Chartier organiza la base epistemológica de su proyecto: asociar en un mismo campo el estudio de los textos, de las formas y de los soportes de la escritura, y de las maneras de leer.

La Europa Moderna es el límite espacio-temporal de la cátedra. Pero Chartier juega con la borrosa noción de moderno: por una parte, se refiere estrictamente a la primera modernidad, la que va del siglo XV al siglo XVIII, y que constituirá el núcleo de los cursos; por otra, invita a reflexionar sobre la transformación radical que experimenta lo escrito en nuestro tiempo -los textos, los soportes, la lectura-. En esta doble inscripción el autor reconoce el objetivo más ambicioso de su enseñanza: *“reconocer las duraciones sedimentadas de la cultura escrita para comprender más cabalmente las mutaciones que afectan en el presente”*.

Chartier propone acompañar la evolución de lo escrito en esa primera modernidad a través de los vínculos y las funciones que sucesivamente mantuvo y adquirió en la institución del Estado de justicia y de finanzas, en las reformas religiosas, en las prácticas del poder absolutista y en los tiempos de la Ilustración. Pero estos fenómenos no se producen de igual modo ni al mismo tiempo en toda Europa. Tampoco son vividos de idéntica manera por todos los grupos sociales. De allí la preferencia por el término *culturas* -en plural- en el nombre de la cátedra.

En el marco de las coordenadas precedentes, Chartier plantea los problemas que guiarán el curso. Los primeros son clásicos: ¿Qué es un libro? ¿Qué es un autor? La primera pregunta remite a Kant y a la distinción entre el cuerpo y el alma

del libro, entre el objeto material y el discurso que es inalienable del autor. El segundo interrogante nos lleva directo a Foucault. Según Chartier, el intenso vigor de la pregunta aún no ha sido agotado por la respuesta. Someter la categoría a un análisis histórico obligará a renunciar a su carácter universal y a reconocer las diversas variaciones que ha sufrido en el transcurso del tiempo. En síntesis, se trata de cruzar de diversas formas el orden del discurso y el orden de los libros para apreciar las múltiples consecuencias de su imbricación -como el origen de la propiedad literaria, la escritura en colaboración, los autores apócrifos, etc.-.

El tercer problema se organiza en los encadenamientos de la historia de lo escrito y la literatura. Hay dos motivaciones que movilizan este planteo. La primera es una aprensión epistemológica, y consiste en recobrar el sentido de las categorías -hoy en desuso- que durante la primera modernidad sirvieron para clasificar las producciones escritas. La segunda procura identificar las normas y las prácticas de lo escrito que posibilitan la ficción; así como también revisar las formas en que la ficción representa esos procesos.

Todo proyecto que pretenda fundar una historia de la cultura escrita debe prestar atención a los procesos que desde su interior elaboran el objeto. Al menos tres resultan esenciales para Chartier. Por una parte, sitúa las diversas mediaciones que hacen posible la publicación de lo escrito. Los autores escriben textos; los libros son el producto material del trabajo realizado por distintos obreros y profesionales. En la distancia que separa estos dos polos se aloja la lección de McKenzie. Por otra, ubica los procesos que hacen a una obra plural en sus usos y significaciones. La construcción de sentidos depende también de las variaciones estéticas, intelectuales y culturales que regulan la relación que cada público mantiene con lo escrito. Por último, designa el complejo de tensiones que recuerdan que los libros fueron objeto de violencia. Entre los intentos por confiscar el acceso y las luchas por procurar su distribución, nuestro autor localiza las relaciones de poder que atraviesan lo escrito y lo social en su mutua dependencia.

Ante este conjunto de procesos, Chartier opone tres principios de análisis. Primero: recordar que la lectura no es simplemente un acto de intelección individual, también es una práctica encarnada en gestos y costumbres que confieren libertades e imponen restricciones a la producción de sentidos. El segundo punto es expresamente metodológico; se refiere a la potencia de las representaciones -tal como las entendió Marin- como soporte estratégico para comprender el pasado. Finalmente, concibe una aproximación sincrónica y otra diacrónica al estudio de las obras, es decir, las pone en relación con su tiempo y con el pasado que les es inmanente para apreciar su dimensión histórica.

Un último problema nos introduce en el primer curso, que es al mismo tiempo la temática del segundo ensayo del libro. *"Entre páginas y tablas: las desventuras de Cardenio"* puede leerse como la puesta en acto de la propuesta largamente tallada por Chartier en la lección inaugural. Situado entre las preocupaciones por la pérdida de lo escrito, el estudio centra su atención en las primeras representaciones teatrales

del *Quijote*, pero especialmente en las que se hicieron sobre uno de sus personajes: Cardenio.

La historia no sólo trata de Cervantes y su obra, también involucra a Shakespeare y a Fletcher, su colaborador. Se sabe que en dos oportunidades los autores ingleses llevaron a las tablas las aventuras de Cardenio, pero lamentablemente no se conservan versiones manuscritas ni ediciones impresas de esas representaciones. Sólo dos órdenes de pago y una entrada en el registro de libreros confirman tal existencia. A partir de estos incipientes testimonios, Chartier nos incita a transitar el itinerario recorrido por el *Quijote* fuera de las páginas cervantinas, intentando pensar siempre –y de diversas formas- en la movilidad de la obra -de país, de lengua, de género-, en la pluralidad de los modos autoriales y en las apropiaciones diversificadas que le dieron nuevos sentidos al relato.

De manera global, *Escuchar a los muertos con los ojos* se nos presenta como una profunda reflexión historiográfica que concentra en unas pocas páginas la tarea desarrollada por Chartier en su prolifera obra. Pero también, y como quedó dicho, es un homenaje a los autores que ya no están, y que por esa misma razón hay que escuchar sus enseñanzas con los ojos. De aquí se explica que el verso de Quevedo selle el título del libro.

NOTAS

(1) Según lo establece la fe de errata que la editorial Katz publica en su sitio Web: www.katzeditores.com